

nia; ni tampoco ellos tomaron la prohibicion que les habia hecho, mas que como la expresion de un simple deseo, tan ordinario en las almas humildes, de evitar el esplendor y la alabanza. Todos los que estaban presentes no podian imaginarse que aquel fuese un mandamiento absoluto que les obligase á callar: por otra parte, su admiracion era demasiado grande y demasiado general para que pudiese contenerse, ni dejar de publicarse; por mas que el Salvador tratase de huir del honor que le reportaba, era imposible que les cerrase la boca. *Cuanto mas se lo prohibia, mas altamente hablaban y mas se maravillaban:* honor, gloria, alabanza, esclamaban en un santo trasporte de admiracion, bendicion, salud á este hombre extraordinario que *todo lo hace con perfeccion:* él ha dado oidos á los sordos, lengua á los mudos, vista á los ciegos. Nuestras acciones son las que deben hacer nuestro elogio. Cualquiera otro título de alabanza es vano.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Omnipotens sempiternae Deus, qui abundantia pietatis tuae et merita supplicum excedis et vota: effunde super nos misericordiam tuam, ut dimittas quae conscientia metuit, et adjicias quod oratio non praesumit. Per Dominum...

O Dios omnipotente y eterno, que por un exceso de bondad sobrepujas los méritos y los deseos de los que te piden, derrama sobre nosotros los efectos de tu misericordia; y dignate perdonarnos lo que nuestra conciencia nos hace temer, y concedernos lo que por nuestras oraciones no nos atreveríamos á prometernos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola está tomada del capítulo 15 de la primera carta del apóstol S. Pablo á los corintios.

Fratres: Notum vobis facio Evangelium, quod praedicavi vobis, quod et accepistis, in quo et statis, per quod et salvamini: qua ratione praedicaverim vobis, si tenetis, nisi frustrà credidistis. Tradidi enim vobis in primis quod et accepi: quoniam

Hermanos míos: Voy á ponerlos á la vista el Evangelio que os he predicado, que vosotros habeis recibido, en cuya creencia permanecéis, y por el cual os habeis de salvar: voy á deciros, si os acordais, y si no creisteis en vano, de qué

Christus mortuus est pro peccatis nostris secundum Scripturas: et quia sepultus est, et quia resurrexit tertia die secundum Scripturas: et quia visus est Cephae, et post hoc undecim: deinde visus est plus quam quingentis fratribus simul: ex quibus multi manent usque adhuc, quidam autem dormierunt: deinde visus est Jacobo, deinde apostolis omnibus: novissimè autem omnium tamquam abortivo, visus est et mihi. Ego enim sum minimus apostolorum, qui non sum dignus vocari Apostolus, quoniam persecutus sum Ecclesiam Dei. Gratia autem Dei sum id quod sum; et gratia ejus in me vacua non fuit.

manera os he predicado. Antes de todo, os he hecho saber lo que á mí mismo se me ha enseñado, esto es, que Jesucristo ha muerto por nuestros pecados, segun estaba anunciado en las Escrituras: que ha sido sepultado; que ha resucitado al tercero dia, conforme á las Escrituras; que ha aparecido en seguida á Cefas, y despues de él á los once; luego ha aparecido á mas de quinientos hermanos á un tiempo, de los cuales viven todavia muchos y algunos han muerto; despues de esto ha aparecido á Santiago, y luego á todos los apóstoles; por fin, y en último lugar, ha aparecido tambien á mí que no soy mas que un aborto. Porque yo soy el mas pequeño de todos los apóstoles, que no merece el nombre de apóstol, habiendo perseguido la Iglesia de Dios. Así que, lo que yo soy, lo soy por la gracia de Dios, y su gracia que me ha sido dada no ha quedado en mí sin efecto.

«Uno de los puntos capitales del Evangelio ha sido siempre la verdad de la resurreccion. Entre los cristianos de Corinto habia algunos que no abrigaban sentimientos muy ortodoxos en orden á la resurreccion. Siendo, pues, este artículo como el fundamento de toda la religion, se aplica S. Pablo á establecer la verdad de él en este capítulo, con pruebas á las cuales nada habia que replicar.»

REFLEXIONES.

Voy á ponerlos á la vista el Evangelio que os he predicado, que vosotros habeis recibido, en cuya creencia permanecéis, y por el cual os habeis de salvar. ¿Este Evangelio puesto á la vista

será un objeto muy consolante para todos los cristianos? ¿les asegurará contra los espantos de la muerte? y próximos ya á ir á dar cuenta á Dios ¿hallarán todos en este libro de salud con que justificar su conducta? ¡Ah! poner ante los ojos de un mundano que muere, de un religioso tibio imperfecto que ha recibido los últimos sacramentos; poner á la vista de un libertino que espira este Evangelio, regla suprema de las costumbres; conforme al que debemos ser juzgados; en cuyos preceptos y máximas se halla todo lo que se necesita para instruir nuestro proceso, del cual depende en algun modo nuestro destino eterno; ¿no es anunciarle su triste suerte, ponerle á la vista el decreto de su condenacion, lanzarle en la desesperacion, adelantar su suplicio? Apártanse los ojos de este Evangelio durante la vida porque no se quieren obedecer sus mandamientos, ni seguir sus consejos, ni arreglar á sus máximas las costumbres; apenas se mira ya el Evangelio en el mundo mas que como unos antiguos derechos de la religion, títulos añejos que ha derogado la costumbre, que no tienen ya fuerza de ley sino entre un pequeño número de elegidos, que apenas tienen vigor mas que en el claustro. El espíritu del mundo ha sustituido en su lugar máximas del todo contrarias, leyes absolutamente opuestas, costumbres perniciosas que tienen lugar de leyes. Diríase en el día de hoy que la irreligion ha prescrito hasta este punto el desenfreno; y la corrupcion de las costumbres ha prevalecido sobre la santidad del Evangelio. Cuasi no se avergüenzan ya del vicio, aun en medio del cristianismo: la indevacion, la mala fe, la venganza, la impureza, la ambicion, pasan hoy, por decirlo así, por costumbres del siglo. El vicio lo ha inundado todo; ¿y extrañamos que aguas tan corrompidas infecten el aire, y causen tantas enfermedades contagiosas? Trátase mas bien de entretenernos y adormecernos que de curarnos. De aquí los juegos, los espectáculos profanos, los bailes, las comedias, las diversiones enteramente paganas, que parece han ocupado ya el lugar de los ejercicios de religion. El tiempo que la codicia no absorbe, se destina á los placeres. ¿Qué pruebas de religion dan hoy tantos jóvenes libertinos, tantos cristianos ociosos, tantas mujeres mundanas? La modestia, el pudor, la devocion habian formado siempre el carácter y el adorno de un sexo piadoso; ahora parecen de moda el lujo, la licencia, la indevacion. Compongamos estas máximas tan humildes, tan puras, tan perfectas del Evangelio: abnegacion de sí mismo, humildad de corazón y de espíritu, mortificacion rigida de los sentidos, victoria continua de las pasiones, piedad perseverante sin artificio, vida

inocente sin apariencia, amor de las cruces, ejercicios amados de penitencia, horror de las menores faltas, caridad ardiente, fe generosa é inalterable: compongamos este cuadro con el que cada día trazan nuestras costumbres y nuestra conducta á los ojos de Dios y aun á los de los hombres; ¡qué oposicion, buen Dios! ¡qué desproporcion, qué contraste! Véase el Evangelio de Jesucristo que hemos recibido, de que hacemos profesion, por el cual nos hemos de salvar; veamos nuestro retrato formado no mas que con los colores de nuestros propios vicios. Santidad del Evangelio; corrupcion de nuestras costumbres: reglas de perfeccion; irregularidad, impiedad aun de nuestra conducta: ¡qué oposicion mas monstruosa ni mas atroz! y con todo esto se vive en una perfecta seguridad. Recordemos muchas veces la memoria del Evangelio que hemos recibido para comparar los deberes que nos impone con nuestra conducta, y los bienes que nos promete con las penas á que nos obliga. No somos tan impíos ni tan ciegos que no las creamos: ¿seremos tan insensatos que creamos en vano, esto es, que no arreglemos nuestras costumbres á nuestra creencia?

El Evangelio de este día es del cap 7 de S. Marcos.

In illo tempore: Exiens Jesus de finibus Tyri, venit per Sidonem ad mare Galilææ, inter medios fines Decapoleos. Et adducunt ei surdum et mutum, et deprecabantur eum, ut imponat illi manum. Et apprehendens eum de turba secusum, misit digitos suos in aurículas ejus: et expuens, tetigit linguam ejus: et suspiciens in cælum, ingemuit, et ait illi: Ephpheta, quod est adaperire. Et statim apertæ sunt aures ejus, et solutum est vinculum linguæ ejus, et loquebatur recte. Et præcepit illis ne cui dicerent. Quânto autem eis præcipiebat, tantò magis plùs prædicabant: et eò amplius admirabantur, dicentes: Benè omnia

En aquel tiempo: Volviendo Jesus del país de Tiro, fué por Sidon hácia el mar de Galilea, atravesando por los confines de la Decápolis. Presentáronle un hombre sordo y mudo, suplicándole que le impusiese las manos; Jesus sacándole de entre la multitud, tomándole aparte, le metió sus dedos en los oídos, y habiendo escupido, con su saliva le tocó la lengua; despues, levantando los ojos al cielo, dió un suspiro, y le dijo: Ephpheta, que quiere decir, ábrete; é inmediatamente se abrieron sus oídos, se desató su lengua, y habló libremente. Prohibiéndoles Jesus que esto lo dijiesen á nadie; pero quanto mas les mandaba (que callasen)

fecit: et surdos fecit audire, et multos loqui.

tanto mas lo predicaban, y tanto mas se maravillaban. Todo, decian, lo ha hecho bien; ha hecho oír á los sordos, y hablar á los mudos.

MEDITACION.

De la verdadera piedad propia de cada estado.

PUNTO PRIMERO.— Considera que cada uno mira la santidad con respecto al estado en que no está, y pocos se aplican á adquirir la virtud propia del estado en que se hallan. El pobre piensa en los grandes medios que tienen los ricos para santificarse; los ricos creen que no es fácil hacerse santos sino en la pobreza; la vejez parece á los jóvenes el único tiempo á propósito para hacer por su salud; llégase á viejos, y se cree que la estacion de la santidad ha pasado ya con la juventud. Las gentes del mundo creen que su estado, es poco á propósito para la santidad; las mismas personas religiosas apenas consideran la santidad mas que en lo sublime y lo maravilloso; nada les parece santo si no es extraordinario, si no es milagro. Así es que la santidad, que es un fruto, por decirlo así, que nace en todos los terrenos, no se da ya si se cree á nuestro amor propio y á nuestra imaginacion mas que en los lugares inaccesibles.

Pero, ó Dios mio, ¿qué significa ese precepto tan preciso que nos habeis impuesto de que seamos perfectos como nuestro Padre celestial? ¿Qué edad, Señor, ó qué estado habeis dispensado de esta ley? Y si hay un solo cristiano que no pueda ser santo, ¿por qué proponer universalmente á todos un modelo semejante?

Es cierto que Dios quiere verdaderamente que cada uno sea santo; pero no es menos verdad que nadie llegará jamás á ser santo sino llenando perfectamente los deberes particulares del estado en que Dios le ha puesto. Toda idea de santidad que no es de este carácter, es falsa. Las prácticas de piedad poco proporcionadas y poco convenientes á nuestro estado son puras ilusiones de nuestro orgullo ó del amor propio. El enemigo de la salvacion se hurla con estos relumbrones de la credulidad de un alma simple: toda devocion que nos saca de nuestro lugar es un extravío.

¡Dios mio! ¡qué error mas grosero! Pero ¡y qué error mas

universal! Quiérese representar cualquiera otro personaje que el que nos conviene; quiérese servir á Dios de todos modos, menos como él lo manda. Un doméstico que no sirviese mas que por su capricho, no serviría mucho tiempo. La observancia de los preceptos, la inocencia, la mortificacion y todas las virtudes cristianas convienen á todo género de gentes; pero no todas las prácticas de piedad convienen á todo el mundo. La aplicacion continua á la oracion, la abstraccion de los negocios seculares, el olvido de sus parientes son virtudes propias de personas religiosas; pero un artesano, un magistrado, un padre de familias serian reprehensibles si descuidasen los deberes de su condicion. Precisamente en la puntualidad en cumplir estos deberes, en la fidelidad en hacer lo que Dios manda es en lo que consiste, por decirlo así, la perfeccion cristiana: ¡qué error el no colocarla jamás sino en la soledad y en los desiertos, ó sobre la cima de las mas altas montañas! Puede decirse que la santidad está al alcance de todo el mundo; la virtud cristiana nace en todos los terrenos del Padre de familias; el que no lleven todas las tierras este fruto, es falta únicamente de los obreros.

¡Qué consolador es el saber que puede uno hacerse santo en todos los estados; que la santidad propia de cada estado es fácil! pero ¡qué aflictivo es y qué triste el no haberse hecho santo!

PUNTO SEGUNDO.— Considera cuan bueno es Dios por haber ligado la santidad de cada uno á los deberes de su estado respectivo; ¿podia, en efecto, haberla acercado mas á cada condicion, podia tampoco hacerla mas fácil, y á nosotros mas inexcusables?

¿Está uno en el estado religioso? la mas alta santidad consiste en la perfecta observancia de su instituto. Está uno elevado á los primeros empleos, ¿qué mérito mejor que cumplir todos los deberes, y qué virtud mas brillante que la que está unida á sus buenos ejemplos? La oscuridad del nacimiento, lo bajo de la condicion, la pobreza, la enfermedad, las desgracias son los medios mas eficaces para llegar á una eminente santidad; ni la prosperidad fué jamás un obstáculo para ella. ¿Es menester ser humilde, manso, paciente, caritativo? Se puede ser en todos los estados. ¿Son necesarias las cruces para entrar en el cielo? Dios por una providencia sapientísima las ha esparcido abundantemente en todas las condiciones: no hay mas que hacer un santo uso de ellas. ¿Se necesitan buenas obras? ¿Cuántas no puede uno hacer sin salir de su casa? Las atenciones de la familia son los principales deberes de la virtud.

Por mas laudables, por mas preciosas que sean todas las prácticas de devocion, jamas estaremos seguros de que hacemos las que Dios quiere de nosotros, sino cuando nos empleamos en las que son propias de nuestro estado. Estas solas son las que nos corresponden. No les toca á los siervos el elegir sus ocupaciones, tócale al Señor el determinar el servicio. Los trabajos mas penosos, las solicitudes menos interesadas se estiman poco si ellos no las han elegido. ¿Qué sirve el hacer mucho si con ello se desagrada?

Qué ilusion la de aquellas personas que descuidan los deberes ordinarios de su estado por satisfacer á su pretendida devocion, la cual no es propiamente entonces mas que un refinamiento de amor propio disfrazado. Aun cuando hubiésemos omitido todas las obras de supererogacion, visitas de enfermos, ejercicios de caridad, mortificaciones penosas, habremos cumplido todos los deberes cuando hubiéremos desempeñado perfectamente los de nuestro estado. *Ha hecho bien todas las cosas.* Este es el elogio que se hacia de Jesucristo, y este es el que debe hacerse de todos los verdaderos cristianos, de todos los santos: ha llenado perfectamente todos los deberes de su estado, ha cumplido con puntualidad y con fervor hasta los mas pequeños, los menores preceptos. Esta es la prueba mas segura de una verdadera virtud. Cualquiera otra idea de devocion es falsa, aun cuando uno hubiese hecho todas las obras de piedad, aun cuando hubiese puesto en ejercicio el zelo mas ardiente, aun cuando hubiese gastado su vida en la práctica de las obras de misericordia, no es uno un siervo bueno y fiel, si no se han cumplido las obligaciones de su estado. Busquemos en todas las condiciones ningun santo que no haya marchado por este camino; cualquiera otro extravía. Qué consuelo el hallar cada uno en su condicion, en su estado, en su edad, esta abundancia de gracias, esta multiplicidad de auxilios, esta multitud de medios y de ejemplos; pero ¡qué sentimiento, buen Dios; qué desesperacion el no haberlas conocido, ó el no haberse querido servir de ellas!

Yo, Señor, me lo echo ya en cara, y conozco todo el mal que me he hecho por haberme forjado una imaginaria imposibilidad de llegar, sin salir de mi estado, á una virtud eminente. Yo encuentro en mis obligaciones ordinarias con que hacerme santo, mediante el auxilio de vuestra gracia; haced que de hoy mas ella me sirva para que saque provecho de todo.

JACULATORIAS. — Si, Dios mio, yo estoy seguro de hacer siempre lo que os agrada, cumpliendo fielmente todas las obligaciones de mi estado. (*Joan. 8.*)

¡Qué bondad la del Dios de Israel para con aquellos que le sirven con un corazon recto! (*Psal. 72.*)

PROPOSITOS.

1 Es un artificio ordinario del enemigo de la salud, para darnos la idea de la santidad, el presentarla como un fruto de paises estraños, y que solo crece en la cima de las montañas mas altas. A favor de estas falsas preocupaciones jamas vemos la santidad al alcance de nuestras fuerzas; nuestra imaginacion nunca nos la pinta sino allá como en una lontananza y con colores poco comunes. Estamos en el mundo; no se considera posible la santidad sino atrincherada en el claustro al abrigo de las maceraciones y austeridades del estado religioso. Tenemos la dicha de haber abrazado la vida religiosa; piérdese el ánimo en el camino de la perfeccion, porque se nos representa la santidad ceñida solo á las acciones brillantes, á los milagros de penitencia, á los dones de contemplacion sublime que se admiran en la vida de los mayores santos. Corrijamos hoy esta falsa idea, y depongamos nuestro error; descubramos este tesoro dentro de nosotros mismos. Vivamos persuadidos de que nuestra perfeccion está ligada á las obligaciones de nuestro estado. El Espíritu Santo alaba á la mujer fuerte por haber hilado, porque ha velado de continuo sobre sus criados, ha sido cuidadosa para proveer á las necesidades de su familia, y ha tenido una religiosa sumision á la voluntad de su esposo. Tal debe ser el elogio de una señora cristiana. Dios no aprueba nuestras largas estancias en la iglesia ó en los hospitales, si nuestra familia padece algun detrimento por nuestra ausencia. No hay virtud sin el orden; nosotros le trastornamos desde que descuidamos las obligaciones de nuestro estado. Hay tiempo para todo; pero hagamos todas las cosas en su tiempo. Seamos zelosos de la salvacion de otro; pero no desatendamos la nuestra. No tomemos sino del tiempo que tenemos libre, el que empleemos en las obras de supererogacion. Hagamos limosnas; pero despues de satisfechos los trabajadores, y pagadas nuestras deudas. Esta leccion es de las mas importantes. No hay devocion si se abandonan las obligaciones de su estado.

2 Sea siempre este artículo el primero de nuestro examen de conciencia; tengan siempre el primer lugar en todas nuestras confesiones las faltas contra las obligaciones de nuestro estado, y no contemos por nada las buenas obras, aun las que mas honran, si faltamos á nuestros primeros deberes; que mu-

chas veces son de ningun esplendor, pero siempre de un gran precio. ¿Somos religiosos? Estudiemos nuestras obligaciones, y seamos exactos observadores hasta de las menores reglas. Un gran zelo es muy loable; los rigores de la penitencia sirven mucho para la perfeccion; pero si haciendo bien las cosas á que no estamos obligados nos dispensamos de las que Dios nos pide; si á vuelta de un zelo tan ardiente, tan vivo y tan laborioso violamos habitualmente las observancias religiosas; si exhortando á los demás con tanta elocuencia á que sean fervorosos, puntuales, mortificados, somos nosotros poco sumisos, poco exactos, poco humildes; ¿no habrá nada que echarnos en cara? Es demasiado interesante este consejo para que no lo pongamos en práctica. Informémonos de un sabio y zeloso director lo que tenemos que reformar en este punto.

DOMINGO DUODÉCIMO DESPUES DE PENTECOSTES.

LÁMASE el domingo duodécimo, despues de Pentecostes, el domingo del caritativo Samaritano, ó en otros términos, el domingo del prójimo, á causa de la parábola que constituye el asunto del Evangelio de este dia. La Iglesia que distribuye á sus hijos todo el año el alimento espiritual por medio de sus instrucciones particulares, por la celebracion de nuestros sagrados misterios, y por los ejemplos de los Santos, que cada dia nos pone á la vista como otros tantos modelos de perfeccion, cuida de darnos cada domingo lecciones mas escogidas y mas importantes para todos los fieles á quienes reúne particularmente en este dia, y este es el motivo que ha tenido en la eleccion medida que ha hecho de los Evangelios para cada domingo. La caridad con el prójimo era una virtud muy esencial al cristianismo para haberla olvidado. Habiendo impuesto Jesucristo un precepto de ella, que puede llamarse su precepto favorito, y queriendo que sea tan ordinaria y tan familiar á sus discipulos que se la intima como un mandamiento de distincion que los caracterice; la Iglesia, conducida siempre por el espíritu de Jesucristo, renueva hoy esta importante leccion, y nos enseña en el oficio de la misa de este dia quién es nuestro prójimo, y cual debe ser con respecto á él la caridad compasiva, operante y afectiva de todos los fieles. El Evangelio de la misa contiene esta instruccion; la Epístola es como el exordio, en el cual san Pablo, realizando la santidad de su ministerio por Jesucristo que da á sus ministros los talentos propios para sus funciones, de-

signa bien la caridad infinita que este divino Salvador tiene con todos los hombres, en cuya salud vela continuamente; comparándose él mismo al caritativo Samaritano, que no quiere que el enfermo carezca de nada de cuanto pueda necesitar, y encarga de ello al posadero á quien le confia, como el Salvador confia la salud de nuestras almas á sus ministros. No tiene menos relacion con esto el introito de la misa. Es una oracion afectuosa y llena de confianza que David hace á Dios, en medio de las desgracias á que se ve reducido, y por la que implora su caridad y su misericordia.

Aplicaos, Dios mio, dice, á socorrerme, daos prisa, Señor, á asistirme: cubrid de confusion y de vergüenza á mis enemigos, que me buscan para quitarme la vida. Los santos Padres esplican este salmo de Jesucristo, de quien David en muchas cosas es la figura. Viéndose este profeta perseguido y hostigado sin cesar por sus enemigos, que habian jurado perderle, pone toda su confianza en Dios, implora su auxilio, pide su asistencia, y le suplica que confunda á los que le persiguen tan injustamente. S. Atanasio, S. Ambrosio, S. Jerónimo y S. Agustin no le esplican solamente de Jesucristo, perseguido cruelmente por los judios, sino tambien de todos sus siervos, cuya pérdida ha jurado el enemigo de la salvacion. Asaltados de mil tentaciones, espuestos á mil peligros, continuamente agitados por las olas, en un mar borrascoso lleno de escollos, espuestos en todo momento á un triste naufragio; ha querido el Espíritu Santo enseñarles la fórmula de una corta, pero eficaz oracion, muy á propósito para atraerles el auxilio celestial, del que tan grande necesidad tienen en medio de tan grandes peligros. La Iglesia gobernada por el mismo Espíritu pone tambien la propia oracion al principio de todas sus horas. Instruida de la necesidad que todos tenemos de la asistencia del Señor para obrar el bien, y para merecer su benevolencia, comienza todas sus oraciones por esta: *Dios mio, venid en mi auxilio; apresuraos, Señor, á socorrerme.* Esta es tambien la oracion que todos los fieles deben hacer al principio de todas sus empresas.

La Epístola de la misa del dia está tomada de la segunda carta de S. Pablo á los de Corinto. Habiendo sabido el Apóstol que algunos falsos apóstoles, herejes malignos, aprovechándose de su ausencia, dogmatizaban impunemente, y que para introducir mejor sus errores no cesaban en todas las juntas de hablar mal de él, de desacreditarle, y hasta de condenar su doctrina; se vió obligado á hacer su apología refiriendo el modo milagroso con que habia sido convertido y llamado al apostolado, los favores